

Notas y documentos

Con motivo de las festividades de la Semana Peruana, recientemente celebrada en Viña del Mar, visitó nuestro país el Excmo. señor don José Gálvez, Vicepresidente del Perú, cuya personalidad de poderoso relieve en la política de su país, se ha destacado también en la literatura peruana como uno de sus valores más altos y representativos.

El señor Gálvez fué recibido en nuestra Universidad en una sesión solemne, celebrada en homenaje del distinguido visitante, por la Facultad de Filosofía y Educación. En este acto el Rector señor Juvenal Hernández hizo entrega al Dr. Gálvez de un diploma, por medio del cual se le confiere la calidad de Miembro Honorario de dicha Facultad. El Decano don Ricardo Latcham, pronunció en ese acto realizado en el Salón de Honor de la Casa de Bello, el 30 de enero recién pasado, el discurso que se publica a continuación:

«Excmo. señor Vicepresidente del Perú, señor Vicepresidente del Senado peruano, señor Rector de la Universidad de Chile, señoras, señores:

Honrosísima y grata por todos conceptos es la tarea que, como Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, tengo que cumplir en esta reunión universitaria en que se ha conferido el grado de Miembro Honorario de ella al distinguido escritor y político. Excmo. señor José María Gálvez, Vicepresi-

dente del Perú y huésped de honor de la ciudad de Santiago.

Los vehículos intelectuales que nos unen con la patria del benemérito visitante, son antiguos y arrancan de los días ya remotos en que nuestro primer poeta nacional, Pedro de Oña, se matriculó en el primigenio curso de artes de la Universidad de San Marcos de Lima y obtuvo una de las dieciséis becas creadas entonces en el Real Colegio de San Felipe y San Marcos. Durante todo el período colonial se mantuvieron estrechas y robustas relaciones entre los dos pueblos y numerosos chilenos buscaron un medio más propicio a su perfeccionamiento cultural en los centros docentes de Lima, cuyos habitantes según le dijo cierto Virrey al Monarca de España, no hacían sino repicar campanas y tirar cohetes. Oña murió en el Perú, después de haber elogiado en una canción real a San Francisco Solano y glorificar en el poema heroico «El Vasauro», editado por nuestra Facultad, en 1941, las hazañas de los Cabrera, condes de Chinchón, antepasados del Virrey del Perú, don Luis Gerónimo Fernández de Cabrera y Bobadilla.

Otros dos clásicos escritores nacionales abandonaron la vida en el suelo peruano: el padre Alonso de Ovalle, autor de la «Histórica Relación del Reino de Chile», fallecido en Lima en 1651, cuando retornaba de Europa, donde publicó su inmortal libro; y Francisco Núñez de Pincha y Bascañán, que murió en Locumba, en 1680, luego de haber rematado las páginas magníficas de su «Cautiverio Feliz y razón individual de las guerras dilatadas del reino de Chile», que estuvo inédito hasta 1863.

Estos hechos forman parte de una vasta trama de coincidencias y de fecundos paralelismos que sería necesario historiar en un extenso estudio.

Bastaría solamente evocar aquí la nostalgia de Lima que sentía el escritor y obispo agustino fray Gaspar de Villarroel, cuando decía: «Muerdo en Chile con la crueldad del invierno los siete meses del año», lo que no impidió su actividad asombrosa

en el campo de las letras y del apostolado; o destacar los éxitos peruleros del chileno fray Matías de Lisperguer, que predicó varias veces en Lima e hizo imprimir allí sus sermones, al estilo del que compuso sobre las exequias de doña Inés Aguirre y Cortés, que fué publicada en 1690, para comprender el significado de tan provechosos contactos espirituales.

Cuando se disolvió el espíritu colonial y surgieron los días patricios y republicanos del siglo XIX, estos dos pueblos sirvieron para cobijar mutuamente a los desterrados políticos que también ostentaban purísimos blasones intelectuales, como pasa en los ejemplos memorables de Francisco y Manuel Bilbao, de José Victorino Lastarria, de Vicente Grez, de Felipe Pardo y Aliaga y de Ricardo Palma. Alguna vez la pluma de un peruano trazó el elogio de nuestras instituciones como en el caso de Manuel Pardo, que explicó a sus compatriotas la forjación de Chile «por la lucha sangrienta y prolongada con que una población guerrera y compacta defendía un «territorio estrecho», mientras en compensación el imaginativo y criollísimo Vicuña Mackenna pintaba a Lima envuelta en «la doble neblina del Rimac y del incienso» o Lastarria satirizaba agudamente su tierra natal cuando comparaba a los gallinazos con los políticos al expresar que «su figura, su color negro, su indolencia, su carácter, sus propensiones, sus privilegios» los tornaba iguales a un Senador o a un Consejero de Estado. Eran tiempos de románticas luchas civiles, de violentos combates en que lentamente se abría paso una mentalidad sin prejuicios y las fronteras no existían cuando se trataba de acoger a los hombres que profesaban un ideal o simbolizaban una doctrina.

Ricardo Palma fué acogido en el Mapocho como antes fué recibido en el Rimac Francisco Bilbao, que cantó a Santa Rosa de Lima y fustigó a los que se mantenían fieles a las normas del pasado, en las encendidas columnas del periódico reformista «El Porvenir», flor de los libelos de esa época.

De tal manera se puede apreciar también la importancia

de la obra del chileno don Manuel Amunátegui, que contribuyó a fundar «El Comercio», de Lima y a abrir el cauce donde se vertió el moderno periodismo peruano. Las diversas etapas de una evolución común se han mantenido hasta hoy en que ambos pueblos avanzan en el concierto americano sostenidos por un pasado cultural que ha sabido sobreponerse a lo exótico y guardar los tesoros tradicionales de un costumbrismo y un folclorismo de honda raigambre autóctona, con coloreadas vetas de indigenismo en el Perú, con vivísimos resplandores de mestizaje racial en Chile. Cesaron también los momentos de recelo mutuo y de pasajera incompreensión que me ha dejado atrás un dinámico concepto de las relaciones intercontinentales y la necesidad de acudir a un designio propicio al engrandecimiento de los territorios que ya estuvieron unidos solidariamente en las antañosas gestas de Almagro y de Pizarro, de Valdivia y de Aguirre.

Como un fruto de todas estas inquietudes y el deseo de estrechar las relaciones culturales entre las dos Repúblicas, es que ahora recibimos en la Universidad de Chile al que fuera Decano de la Facultad de Letras de la muy prócer de San Marcos, al doctor don José Gálvez, escritor en prosa y verso, relevante hombre público, Vicepresidente del Perú, y en otros instantes de su vida, pulcrísimo diplomático.

La Facultad de Filosofía y Educación, que tengo la honra de presidir, lo acoge en su seno como a un ilustrado representante del pensamiento peruano y de la gracia limeña expresados a través de una obra que define la imagen de la historia y la sociedad de su patria.

El señor Gálvez ha continuado en sus numerosos libros ese género mixto que es la tradición, que combina la leyenda romántica y el artículo de costumbres a la manera de Larra o de Mesoneros Romanos.

Se le ha considerado, por esto, el heredero de Ricardo Palma, quien le traspasó el secreto ligero y suave, y de un es-

tilo inconfundible y de un señorío ejemplar. Pero en nuestro invitado de honor hay otras características que le confieren una personalidad propia y una atmósfera de ceñida y deliberada limitación que no rehuye el travieso donaire, y sólo insinúa los caracteres en sus cuadros esquemáticos de Lima y en sus pinturas del pasado de novelesco esbozo que reflejan intensamente el sentimiento de la peruanidad.

El señor Gálvez ha escrito cuatro obras poéticas: «Bajo la Luna» (1911); «Jardín Cerrado» (1912); «Canto a España» (1924); y «Canto Jubilar a Lima» (1936). En ellas se advierte una transición lenta, pero firme desde una actitud romántica hacia las aguas del impresionismo con algo de Juan Ramón Jiménez y de la melancolía crepuscular de ciertos poetas franceses, al estilo de Samain, pero también en sus más recientes y depuradas muestras líricas se comprueba una arremansada postura de buscador de la nota criolla, como se percibe en los poemas «El caballo de paso», «La marinera» y «Las santas Rositas», que dan indicio de su integral preocupación nacionalista en el campo literario. En el «Canto Jubilar a Lima» hay una sostenida nota clásica y moderna a la vez que recoge todo el acervo emocional de la ciudad del Rimac y los ecos vivaces de sus encantos, «mezcla de jardín, altar y taraceada arqueta», como dice él mismo en recatados versos. Con ser valiosa su obra poética, nos interesa de un modo más atrevido el conjunto de sus reconstrucciones de esa pequeña historia de Lima, que resume en una serie admirable de viñetas y de estampas de miniaturesca elegancia y de moroso estilo, el vivo recuerdo que operó en su imaginación, el acervo costumbrista de la metrópoli virreinal.

Aquí el escritor se halla en su medio justo y frente al incentivo que desencadenará el cortejo opulento de las imágenes y los sombríos o luminosos contrastes entre unas épocas y otras. En «Una Lima que se va» (1921), en «Nuestra Pequeña Historia» (1929, 1930 y 1931), en «Estampas Limeñas (1935);

y en «Calles de Lima y Meses del Año» (1940), podemos seguir la evolución singular de una capital que vivió días de gloria y otros de sufrimiento, desde la Conquista hasta los de auge republicano al compás de revoluciones, de motines, de guerra y de jubilosos acontecimientos civiles o religiosos. El novelista que late en el señor Gálvez ha escrutado en las viejas casonas, en los palacios blasonados, en los barrios populares, y sin querer se ha convertido en el crítico mordaz de las supersticiones como lo hicieron antes Pardo al pintar al niño Go-yito, que es el emblema del limeñismo retardatario y del engreimiento de las clases altas y conservadoras. La imaginación magnífica del memorialista, se ha detenido en el mundo que evocan los mortales o en el viejo puente, cuyos arcos presenciaron el desfile de las generaciones y en cuyas vecindades se tejían las leyendas y los chismes propicios a la mentalidad soñadora y milagrera de los limeños. Descubrió el tesoro de los patios: trasunto de los sevillanos, y de la dulzura grave de los claustros con los interiores apacibles que dibujó con pluma azoriniana. Nos hizo caminar por las calles y paseos que culminan en el sin par jirón de la Unión, centro nervioso de la gran ciudad y bullidor colmenar de su progreso moderno.

De esa manera el señor Gálvez ha trazado el perfil airoso del limeñismo psicológico en una empresa de personalísimo contorno y de gran vuelo estilístico. El espíritu de la cuatro veces centenaria Lima se insinúa en el reposo de estas páginas que tienen algo de la lisura ciudadana y el ritmo ágil de un travieso humor que sazona los recuerdos,

El alma misma de la ciudad se asoma en todo el ciclo de estas obras que han madurado a través de veinticinco años y resumen, según expresó su autor, el sentido nacional genuino —hijo de la naturaleza y de la historia— que dará color, aroma y personalidad a la cultura peruana.

No es posible encuadrar en tan modestas consideraciones, lo mucho que deben las letras de su tierra al exquisito escritor

que concibió la empresa de representar tan cabal y sentidamente la evolución natural de Lima, que lo asimiló e hizo un hijo adoptivo por derecho de conquista del espíritu como antes el Perú supo captar a tantos chilenos con los reflejos insinuantes de sus centros intelectuales.

Ha sido particularmente valioso para nuestra Facultad de Filosofía y Educación, poder acoger en su más que centenario recinto, al cantor y cronista de Lima, que ostenta con exceso los títulos acreedores al nombramiento de Miembro Honorario con que ahora se le ha investido. Podemos expresarle la satisfacción que tiene la Universidad de Chile para unirse a los innumerables testimonios de cariño recibidos de la sociedad y del pueblo chileno, en un momento de franca cordialidad y de creciente conocimiento mutuo. Nuestro primer centro docente, al expresar su consideración a un ciudadano que desempeña, además, la Vicepresidencia del Perú, ha querido reavivar esos antiquísimos enlaces y vínculos que encadenaban a dos naciones de común destino que hoy se exhiben en pleno desarrollo democrático a la vanguardia de América y persiguiendo la conquista de un porvenir de ancho contorno social y humano. Y al mismo tiempo ha querido honrar en el Excmo señor Gálvez, a uno de los peruanos más representativos y enraizados en las tradiciones de su suelo y en los heroísmos de su raza».

He dicho.

Por considerarlo un documento de gran interés, que rectifica de manera definitiva, una apreciación antojadiza y sin fundamento del señor Raúl Silva Castro, sobre la personalidad del eminente escritor y educacionista don Alejandro Venegas, publicamos la carta que con este motivo le dirigió el Rector de la Universidad de Concepción, señor Enrique Molina, a don Clemente Díaz León, director de «El Mercurio».

Se trata de un documento sobrio, claro, preciso, en el cual el señor Molina habla de Venegas con un conocimiento cabal

de su personalidad, pues lo trató de cerca cuando fué su colaborador como Vice-rector del Liceo de Talca, mientras él desempeñaba la rectoría de ese establecimiento.

SOBRE ALEJANDRO VENEGAS

(Respuesta al señor Raúl Silva Castro)

Señor Don
Clemente Díaz León,
Director de «El Mercurio»,
Santiago.

Mi distinguido amigo,

siento tener que molestarlo para pedirle la publicación de estas páginas en «El Mercurio» en las columnas que corresponda; pero no puedo dejar de hacerlo, no puedo dejar de rectificar los conceptos injuriosos que el señor Raúl Silva Castro ha pronunciado sobre el eminente educacionista y vigoroso escritor Alejandro Venegas en un artículo publicado el martes 22 del mes en curso en homenaje al ilustre y malogrado periodista Armando Donoso.

Se trata en primer lugar de un ataque enteramente gratuito e infundado en sí mismo y luego hecho como traído de los cabellos para efectuarlo en esta oportunidad. Uno se pregunta: ¿Qué necesidad tenía Silva Castro de ocuparse de esas supuestas máculas de Venegas cuando según él mismo no ejercieron ninguna influencia sobre Armando Donoso que era el único tema de su artículo? Y en verdad no se halla para el caso explicación alguna que sea humanamente satisfactoria.

Después de regatearle aún los elogios que por sus méritos literarios le son debidos a Armando Donoso, busca Silva Castro cuál pueda ser la raíz de la noble inquietud intelectual que agitara a este último y la encuentra en la influencia de Ale-

jandro Venegas, su profesor en el Liceo de Talca, Silva Castro dice de Armando Donoso que era un hombre hidalgo, bueno y dulce, y pinta a su maestro con los colores más sombríos y desfavorables que es posible imaginar. ¿Por obra de qué magia, de qué prestidigitación psicológica se puede dar este extraño proceso de una causa mala que produce tan buenos resultados? La incongruencia que apuntamos deja ver ya la flaqueza de los ataques de Silva Castro a Alejandro Venegas.

Dice de este último el enconado crítico que era «un deforme pensador», pero no prueba este aserto con un solo pensamiento de los escritos, con una sola cita de los libros del escritor que censura. Y esta sería la única manera honrada de probarlo. Mas en esos escritos y en esos libros campean una clara inteligencia, un fino ingenio, un sólido criterio y una vasta ilustración. Continúa el crítico diciendo: «Todo lo que en Venegas fué amargura, odio, rencor, sarcasmo, inquina contra hombres y cosas se trocó en dulzura en Donoso. Donde el maestro veía la iniquidad... el discípulo perdonaba... Agresivo, chismoso, lleno de odios a clases, a familias y apellidos, cruel, poco diestro en la orientación de la censura, Venegas fué un singular maestro para un singular discípulo».

Es imposible hacer un retrato más falso de un hombre, Silva Castro declara que ha llegado a las enormidades que afirma por medio de conversaciones e inquiriendo sin decir qué testimonios han sido las fuentes de sus inquisiciones. Menguada base en verdad para tanta atrevida afirmación. Y entre los cargos que Silva Castro formula contra Venegas figura el de chismoso. ¡Válgame Dios!

Si contra lo que pensamos en nuestra edad científica los antiguos hubieran estado en la razón y los muertos sintieran en su mansión de sombras cuanto pasa en esta vida, qué dolor para la delicada alma de Armando Donoso al ver cómo un homenaje rendido a su memoria se aprovechaba para vilipendiar a su venerado maestro.

Tuve la suerte de cultivar la amistad de Venegas sin interrupción durante más de treinta años, desde cuando fuimos alumnos del primer curso del Instituto Pedagógico, luego como profesor en el Liceo de Chillán y, por último, siendo él vicerector del Liceo de Talca, siempre fué excelente amigo y compañero, bondadoso hasta con los animales, siempre jovial, abnegado y servicial como pocos. En el librito que le he dedicado digo de él, a propósito de nuestra actuación en el Liceo de Talca: «pocas veces rector alguno habrá tenido un vicerrector, un colaborador y amigo, como el que tuvo en Alejandro Venegas el autor de estos recuerdos» (1).

¿Cómo explicar de otra manera la admiración y cariño que le han tributado sus discípulos a Venegas? Y fuera de Armando Donoso, cuyas propias palabras voy a citar en breve, podría nombrar a Domingo Melfi, a Ernesto Barros Jarpa, a Roberto Meza Fuentes, a Armando Rojas C, y cuantas figuras ilustres más que han recordado al maestro siempre con elogio. Con las negras cualidades que Silva Castro atribuye a Venegas tales sentimientos de veneración en sus discípulos constituirían una verdadera anormalidad.

En el prólogo de una de sus obras dice Donoso del eminente educacionista: «Sus clases constituían el mejor y más amplio ejercicio intelectual: la vasta cultura de Venegas permítale instruir acabadamente a sus alumnos, relacionando los asuntos de sus lecciones con todos los conocimientos que podían suscitar un interés para la curiosidad juvenil. Y no se crea que su acción docente tocaba tan sólo a los deberes que le imponía su horario: *nunca tuve la suerte de conocer a un profesor que sintiese con tanta elevación el valor nobilísimo de su misión de maestro. Haciendo una excepción singular entre el funcionarismo docente, fuera de sus clases seguía siendo el compañero amable de los muchachos, a quienes reunía en excursiones provechosas y a quienes congregaba en interesantes cenáculos.*

(1) «Alejandro Venegas».—Editorial Nascimento.

Venegas fué víctima en Chillán de hondos quebrantos sentimentales; pero su noble ánimo, vacilante un corto tiempo, en definitiva no se dejó abatir. Fué en toda ocasión esforzado, de buen humor, no cruel y amargo, como afirma Silva Castro, y el más perfecto espíritu de cooperación no lo abandonó jamás. En su bella narración titulada «La Procesión de Corpus», que he analizado detalladamente en mi libro ya mencionado, refiere Venegas la tremenda crisis moral por que ha pasado y concluye atendiendo a severas amonestaciones de Jesús, por formarse un abnegado programa de vida en servicio de los que sufren y de los desamparados. Y lo admirable es que el desenlace de ese hermoso cuento no fué pura literatura. Venegas lo cumplió al pie de la letra. Lo cumplió con su obra efficientísima de educador en el Liceo de Chillán y en el Liceo de Talca y con sus estudios económicos y sociales dados a luz en sus obras «Cartas a don Pedro Montt» y «Sinceridad».

Venegas escribió estos libros con honradez profunda. No podía esperar de ellos ninguna ventaja material, ni ascensos, promociones ni honores. Para informarse perfectamente recorrió el país de norte a sur y convivió en todas partes con la gente trabajadora, con los obreros de las salitreras, con los mineros, con los inquilinos y gañanes de los fundos y supo por experiencia directa, de sus necesidades, miserias y dolores. En esta fuente emocionada empapó Venegas su pluma para escribir sus libros. Esos viajes los realizó Venegas en períodos de vacaciones, viajando de incógnito, por su cuenta, en tercera clase en los ferrocarriles y en cubierta en vapores caleteros. ¿Se puede presentar en Chile otro caso de abnegación semejante? Lo dudamos.

Dice Silva Castro que Venegas, «al escribir «Sinceridad», quiso erigir su efigie sobre una pirámide chorreando de sangre humana». En verdad, don Clemente, no sé cómo calificar esto; es un despropósito tan grande que para decir de él lo que se merece tendría que emplear términos que no quiero usar en

una carta dirigida a Ud. En primer lugar, Venegas no soñaba con erigir su efigie en ninguna parte. Se hizo la ilusión de que el seudónimo que escogió, Dr. Valdés Cange, le serviría para ocultar su personalidad definitivamente. No predica Venegas la revolución en ninguna de sus páginas. Las cartas en que consisten sus obras, si contienen críticas a menudo recias y siempre bien fundadas, son llamados al Presidente de la República, a los poderes del Estado, a la juventud, precisamente para que se eduque al pueblo y se apresuren las reformas que eviten las catástrofes sociales que pueden amenazarnos. En la vibrante Dedicatoria de «Sinceridad» les dice a los jóvenes: «Pero no vayáis a creer, oh jóvenes, que mi libro es la elegía del desaliento, no!, tengo fe en las fuerzas vitales de nuestra raza joven, tengo fe en que hay muchos elementos dañados que pueden regenerarse, y, más que todo, tengo fe en vosotros que todavía no estáis corrompidos... Por esto mi libro, al cuadro desgarrador de nuestra situación actual agrega el programa de reformas que habrán de regenerar a nuestro país y llevarlo a un porvenir grandioso».

Nada de desaliento en estas páginas. No hay una sola línea de Venegas en que se recomiende siquiera el refugio de la muerte, en que se proclame el renunciamiento suicida como lo hace Silva Castro, al decir al final de su artículo que Armando Donoso murió «muy a tiempo para la hora tempestuosa de Chile». En los escritos de Venegas no hay más que la voz que llama a luchar por las reformas que han de traer el engrandecimiento de la patria.

Con razón ha dicho Armando Donoso de «Sinceridad» en el estudio antes citado «que iba a constituir el más imperecedero obsequio en la hora misma de la fiesta»; es decir, en la del Centenario.

No cabe desconocerle a la obra de Venegas su elevado propósito, la noble aspiración que lo animaba, y que con su propia austeridad y sus sacrificios se había conquistado el dere-

cho a ser severo. Venegas no escribió para alcanzar el poder, ni para medrar, ni para denigrar a nadie personalmente. Convivió, como hemos visto, con el pueblo, no para pedirle sus sufragios y encumbrarse con ellos, sino para servirlo, incógnitamente, como una invisible sombra del Evangelio, sorprenderle sus verdades y sus dolores, hacerles suyos y exprimir de esta viña sombría el jugo agrio de su «sinceridad».

Alejandro Venegas ha sido un hombre eminente que merece la veneración y el respeto de los chilenos. Es un valor que no debemos tratar de destruir sino conservar como un tesoro de nuestra cultura.

El señor Silva Castro no conoció personalmente a don Alejandro Venegas, y no funda tampoco sus aventuradas aseveraciones en ninguna cita de las obras de este esclarecido autor sino en vagas conversaciones y decires. Deleznable fundamento. La rectificación contenida en esta carta no se basa en conversaciones y decires sino en las palabras mismas de Venegas, en los testimonios de un discípulo de la eminente calidad de Armando Donoso y en las experiencias de una inalterable amistad de toda la vida.

Agradeciendo mucho la atención que ha de prestarle a estas páginas me es grato suscribirme como su afectísimo servidor y amigo.

Concepción, 25 de enero de 1946.